

El Primer Sexo

Helen Fischer

Pensamiento en red Visión contextual de la mujer

"¿Qué hombre tiene la suficiente seguridad de pretender conocer del todo el enigma de la mente de una mujer?"

Cervantes

"Dios creó a la mujer. Y el tedio cesó en verdad desde ese momento". Friedrich Nietzsche no era precisamente feminista, pero al parecer apreciaba la mente femenina. Y no era el primero. Las mujeres llevan aportando gracia, ingenio, inteligencia y ternura a la vida humana desde que nuestros antepasados avivaban sus fogatas en África hace millones de años.

Ahora las mujeres están a punto de cambiar el mundo. ¿Por qué? Porque durante los millones de años en que nuestros antecesores se trasladaban en pequeños grupos de cazadores-recolectores, los sexos desempeñaban labores distintas, y dichas labores exigían destrezas también diferentes. Mientras el tiempo y la naturaleza iban multiplicando incesantemente el número de buenos trabajadores, la selección natural conformaba aptitudes distintas en el cerebro masculino y el femenino; no hay dos personas iguales, pero, por término medio, mujeres y hombres poseen una serie de habilidades innatas diferentes. Y las tendencias actuales sugieren que muchos sectores de la comunidad económica del siglo xxi van a necesitar de las dotes naturales de la mujer. No querría en modo alguno ser mal interpretada: los hombres tienen muchas habilidades naturales que serán esenciales en el mercado global que se avecina. Tampoco en el pasado se han quedado a la zaga: han explorado y trazado mapas de todo el mundo; han creado la mayor parte de nuestra literatura, arte y ciencia; y han inventado muchos de los placeres de la vida contemporánea, desde la imprenta a la bombilla, los zapatos deportivos, el chocolate e Internet. Los hombres seguirán haciendo magnas contribuciones a nuestra sociedad de alta tecnología. Pero las mujeres han empezado a acceder a la población activa retribuida en cantidades sin precedentes casi en el mundo entero. Cuando estas mujeres penetren, o incluso saturen, el mercado global en décadas venideras, creo que introducirán ideas y prácticas increíblemente innovadoras.

¿Cuáles son las dotes naturales de la mujer? ¿Cómo van a cambiar el mundo las mujeres? Voy a comenzar con el modo de pensar de la mujer.

Existen a mi juicio sutiles diferencias en la manera en que hombres y mujeres, por término medio, organizan su pensamiento, variaciones éstas que parecen surgir de diferencias en la estructura cerebral. Más aún, como se expone a lo largo de este libro, la "forma de ver" de las mujeres ha empezado ya a impregnar nuestros periódicos, programas de televisión, aulas, salas de juntas, cámaras de gobierno, tribunales, hospitales, urnas y alcobas. El modo de pensar femenino está incluso afectando a nuestras creencias fundamentales sobre justicia, salud, caridad, ocio, intimidad, amor y familia. Así pues, voy a comenzar con ese aspecto de la feminidad que a mi parecer tendrá el impacto más ubicuo el día de mañana.

En este capítulo sostengo que las mujeres, en general, adoptan una perspectiva más amplia que los hombres en torno a cualquier cuestión. Las mujeres piensan de forma contextual, holística. Muestran también mayor flexibilidad mental, aplican juicios más intuitivos y más imaginativos y tienen una tendencia más marcada a hacer planes a largo plazo, aspectos todos ellos de esta perspectiva contextual. Voy a examinar la evidencia científica de estas características

femeninas y las probables redes cerebrales asociadas con ellas. A continuación voy a analizar el extraordinario avance de la mujer hacia el mundo del trabajo asalariado, para concluir que el estilo femenino amplio, contextual y holístico de ver las cosas va a impregnar todos los ámbitos de la vida económica y social del siglo xxi.

La mente femenina

"Cuando la mente piensa, habla consigo", dijo Platón. Todos hemos pasado noches agitadas en la cama dándole vueltas a algún problema laboral o amor conflictivo. Surgen imágenes que luego desaparecen. Se desarrollan escenas. Reaparecen fragmentos de conversación sin saber de dónde, se disuelven, vuelven a repetirse. Te envuelve una ola de ira; después de compasión; después de desesperación. Luego la racionalidad se impone un momento y resuelves hacer esto o hacer lo otro. Y así sigue el debate mientras las agujas del reloj avanzan de las tres a las cuatro. En tu cabeza se está celebrando una junta de comité. "La mente es una máquina extraña que puede combinar los materiales que se le ofrecen de la manera más asombrosa", escribió el filósofo británico Bertrand Russell. Hombres y mujeres absorben grandes cantidades de datos y sopesan una inmensa gama de variables de modo casi simultáneo. Los psicólogos nos dicen, no obstante, que las mujeres piensan de manera contextual con más frecuencia: adoptan una visión más "holística" del asunto en cuestión.¹ Es decir, integran más detalles del mundo que les rodea, detalles que van desde los matices de la postura corporal hasta la posición de los objetos de una habitación.² Donde es más evidente la capacidad de la mujer para integrar miles de datos es en la oficina. Las ejecutivas, según los analistas del mundo comercial, tienden a enfocar las cuestiones desde una perspectiva más amplia que sus colegas masculinos.³ Las mujeres suelen reunir más datos pertinentes al caso y a conectar todos estos detalles más rápidamente. Cuando toman decisiones, calibran más variables, consideran más opciones y resultados, recuerdan más puntos de vista y ven mayor número de formas de proceder. Así, integran, generalizan y sintetizan. Y las mujeres, en general, toleran la ambigüedad mejor que los hombres⁴, —probablemente porque pueden visualizar más factores en relación a cualquier asunto.

En pocas palabras, las mujeres tienden a pensar en redes de factores interrelacionados, no en línea recta. He denominado este modo de pensar femenino "pensamiento en red".

La mente masculina

Por regla general, los hombres tienden a centrarse en una sola cosa a la vez, característica masculina que advertí por primera vez cuando contaba algo más de veinte años. Por aquel entonces yo tenía un novio al que le gustaba ver las noticias de la televisión, escuchar música rock en el equipo estéreo y leer un libro, presumiblemente todo al mismo tiempo. En realidad, lo único que hacía era cambiar de canal mentalmente. Cuando estaba absorto en una modalidad se aislaba de las demás. Yo no. La luz de la pantalla de televisión, el ritmo de la música, la palabra impresa: todos estos estímulos me inundaban la cabeza. Los hombres son buenos en compartimentar su atención. Intenta hacer una pregunta sencilla a un hombre que está leyendo el periódico; muy a menudo no te oye. Cuando lo hace, parece despertar como si viniera de otro planeta. Los hombres tienden a prescindir de estímulos extrínsecos. Su proceder mental suele estar por lo general más canalizado.

Ante un problema de trabajo, los hombres tienden a centrarse en los dilemas inmediatos en lugar de situar la cuestión en un contexto más amplio. A menos que los hechos sean

obviamente pertinentes, los hombres son propensos a prescindir de ellos. Después, siguen una senda directa, lineal y causal hacia una meta específica: la solución.⁵ A consecuencia de ello, los hombres por lo general toleran peor la ambigüedad; prefieren eliminar los datos que puedan parecer ajenos y no relacionados y centrarse en la tarea inmediata. Esta capacidad para concentrar la atención se manifiesta particularmente en la actitud masculina hacia el trabajo. Como expresa la psicóloga Jacquelynnne Eccles, muchos hombres muestran una "inquebrantable devoción" a su tarea.⁶

Charles Hampden-Turner, un consultor comercial y miembro del Global Business Network de Emeryville, California, cree que el director de empresa norteamericano es el epítome de esta característica masculina. Él y su compañero de trabajo, Alfons Trompenaars, llevaron a cabo una investigación sobre los valores y las prácticas profesionales de los ejecutivos masculinos y femeninos de Estados Unidos. Los hombres, según Hampden-Turner, tienden a analizar las cuestiones por partes diferenciadas, como pueden ser hechos, puntos, tareas, unidades y otros segmentos concretos. A menudo ven la empresa como un conjunto de tareas, máquinas, pagos y puestos de trabajo; una serie de elementos dispares.⁷ Las ejecutivas, a su juicio, ven la empresa como un todo más integrado con aspectos múltiples. He denominado este proceso de razonamiento masculino centrado, compartimentado y gradual "pensamiento por pasos".

Hacer malabarismos con muchas pelotas, llevar muchos sombreros

Janet Scott Batchler ha descrito sucintamente esta diferencia entre sexos. Escribe películas de largometraje junto a su marido y socio, Lee Batchler. Dice de su cónyuge: "Hace una cosa a la vez. La hace bien. La termina y pasa a otra. Es muy directo en sus procesos mentales y en sus actos. Y trata con las personas de la misma forma centrada, diciendo exactamente lo que quiere decir, sin agenda oculta de ningún tipo. Yo soy la que puedo jugar con cien pelotas al mismo tiempo y comprender que quizá los demás estén haciendo lo mismo, profesional o emocionalmente".⁸ Los guiones que los escritores de películas de Hollywood crean ilustran estos diferentes modos de pensar de manera vívida. Los escritos por hombres tienden a ser directos y lineales, mientras que los elaborados por mujeres pueden contener conflictos, muchos puntos culminantes y múltiples finales.⁹ Los grandes eruditos norteamericanos expresan también esta diferencia de género. La ensayista Barbara Ehrenreich declara con rotundidad: "Históricamente, las mujeres no han sabido compartimentar tan bien como los hombres".¹⁰ Cuando el politólogo Roger Masters, del Dartmouth College, preguntó a hombres y mujeres sobre sus opiniones políticas y después les mostró vídeos de políticos con diversas expresiones faciales, las reacciones de ambos sexos fueron también perceptiblemente distintas. Masters concluyó que "las mujeres integran en mayor grado que los hombres la información sobre un dirigente con las pistas no verbales que éste ofrece".¹¹ Las portavoces de la National Foundation for Women Business Owners (Fundación Nacional de Mujeres Empresarias) dicen que las propietarias de empresas norteamericanas dan gran importancia al pensamiento intuitivo, la creatividad, la sensibilidad y los valores personales. Los empresarios dan importancia a la concentración, al procesamiento metódico de información y al análisis concreto de datos. Así, según ellas, las "propietarias de empresas tienen mayor facilidad para moverse entre múltiples tareas".¹² Los demógrafos del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo dan testimonio de esta diferencia de género en muchas culturas. En 1995 hicieron un sondeo sobre los hábitos de trabajo de los hombres y mujeres de 130 sociedades. En lugares tan dispares como Noruega, Botsuana, Argentina y Mongolia encontraron que "las mujeres en

particular han desarrollado la capacidad de atender a muchas actividades al mismo tiempo".¹³ Mientras por todo el mundo las mujeres realizan múltiples labores simultáneamente, están ponderando y asimilando mentalmente una profusión de datos: están pensando en red.

El pensamiento en red en la infancia

Este modo femenino de procesar información mentalmente comienza en la infancia. En la escuela, los niños se aplican más a las tareas;¹⁴ se concentran atentamente en una sola cosa a la vez. A las niñas les cuesta más trabajo aislarse cognitivamente de lo que les rodea. Cuando juegan con el ordenador, los niños tienden a enfilarse directamente hacia la meta buscada, mientras las niñas son más proclives a considerar una multiplicidad de alternativas antes de decidirse por una.¹⁵ Y cuando les preguntan sobre sí mismos, los niños resaltan los pormenores mientras que las niñas tienden más a situarse en un entorno más amplio, más contextual.¹⁶ Ejemplos clásicos son Jake y Amy, ambos participantes en un conocido estudio sobre derechos y responsabilidades realizado a comienzos de los años ochenta por la psicóloga Carol Gilligan de la Universidad de Harvard. Jake y Amy eran ambos estudiantes norteamericanos de once años, inteligentes y ambiciosos, que cursaban su sexto curso. Cuando le preguntaron a Jake cómo se describiría, habló sobre sus dotes, sus creencias y su altura: un conjunto de hechos concretos, particulares y discretos. Amy, por su parte, se colocó en el contexto general del mundo social. Dijo que le gustaba el colegio, que veía el mundo lleno de problemas y que quería ser científica para poder ayudar a los demás.¹⁷

Cuando se preguntó a estos pequeños sobre una situación en que entraban en conflicto la responsabilidad hacia uno mismo y la responsabilidad hacia los demás, también contestaron de forma diferente. Jake respondió: "Actúas con un cuarto para los demás y tres cuartos para tí". Jake compartimentó la tarea; dividió su responsabilidad en partes y asignó cantidades específicas de modo específico. La respuesta de Amy fue contextual, característica del pensamiento en red femenino. "Bueno", dijo, "en realidad depende de la situación". Entonces empezó a enumerar una multitud de variables a considerar antes de actuar. Como señala Gilligan, "Amy responde más contextualmente que categóricamente".¹⁸

Estas diferencias de género se mantienen hasta la edad adulta. Cuando Gilligan indagó entre estudiantes universitarios sobre su concepto del bien y del mal, las mujeres estaban más dispuestas a hacer excepciones a las reglas, probablemente porque consideraban más variables y veían mayor número de posibilidades. Cuando se sometió a hombres y mujeres a "pruebas Rorschach de borrones de tinta" y se les pide que examinen estas manchas irregulares, los hombres suelen hablar sobre los detalles que observan; las mujeres integran todos los pormenores en una imagen general y hablan por el contrario de las criaturas completas que ven.¹⁹ Cuando hombres o mujeres escriben relatos, los primeros son más proclives a hablar de las competiciones que han ganado, o las vacaciones adicionales que han conseguido o de cuando pescaron el pez más grande: acontecimientos concretos, aislados. Las mujeres escriben sobre personas, lugares, sobre situaciones embarazosas, narraciones que abarcan un contexto social más amplio.²⁰

Cuando la psicóloga Diane Halpern, de la Universidad del Estado de California en San Bernardino, efectuó un análisis muy completo de cientos de estudios donde se examinaban las habilidades verbales, matemáticas (cuantitativas) y visual-espaciales de hombres y mujeres, concluyó que las tareas en las que sobresalía cada sexo requerían capacidades cognitivas distintas. Las habilidades femeninas exigían todas ellas "acceso y recuperación rápida de

información almacenada en la memoria". Las habilidades masculinas exigían capacidad para "mantener y manipular representaciones mentales".²¹ Estas diferencias reflejan el pensamiento en red frente al pensamiento centrado y lineal. "Todo pensamiento es un prodigio de asociación por el cual aquello que tienes delante evoca en tu cabeza algo que casi ignorabas que sabías". El poeta Robert Frost captó a la perfección ese triunfo de asociación mental tan característico de la mente femenina.

Encrucijadas de la mente

Pensamiento en red frente a pensamiento por pasos; énfasis en el todo frente a concentración en las partes; tareas múltiples frente a hacer una sola cosa a la vez: los científicos están lejos de comprender, o aun definir adecuadamente, estas diferencias sutiles entre mujeres y hombres. Pero sí saben dónde tienen lugar estos procesos mentales: en la corteza prefrontal. Ésta es la parte anterior de la corteza cerebral, que es la envoltura exterior del cerebro. Se encuentra exactamente detrás de la frente, y ocupa aproximadamente entre un cuarto y un tercio del total de la corteza cerebral.²² Está mucho más desarrollada en los seres humanos que incluso en nuestros parientes más cercanos, los chimpancés; de hecho, en las personas no madura del todo hasta la adolescencia.²³ Sin embargo, la corteza prefrontal es esencial para el pensamiento humano. Se conoce, por ello, como "el ejecutivo central" o la "encrucijada" de la mente,²⁴ nombres que ha tomado porque posee muchas regiones específicas, cada una de las cuales procesa tipos distintos de información y se conecta con muchas otras regiones del cerebro y el cuerpo.²⁵

Los doctores pudieron escuchar por primera vez el tráfico de esta encrucijada en la década de los años treinta, cuando empezaron a tratar a pacientes depresivos con el procedimiento conocido como lobotomía frontal. Los cirujanos introducían un bisturí en el cráneo y abrían el cerebro de arriba abajo, separando la corteza prefrontal de las demás partes cerebrales. Este sistema curaba a la mayoría de los pacientes de su depresión, pero producía nuevos problemas. Por ejemplo, no eran ya capaces de realizar varias acciones paralelas simples al mismo tiempo.²⁶ Estudios más recientes de pacientes con traumatismos en la corteza prefrontal han confirmado que las lesiones en esta zona imposibilitan acciones múltiples.²⁷

Por esta operación, hoy totalmente desacreditada, así como por otros muchos estudios de la corteza prefrontal, los científicos saben que esta parte del cerebro controla también la capacidad para mantenerse al tanto de muchos fragmentos de información simultáneamente, ordenar y ponderar estos datos a medida que se van acumulando, y descubrir pautas en dicha información. Más aún, permite prever resultados de estas pautas, tener flexibilidad mental, razonar hipotéticamente, enfrentarse a contingencias y hacer planes para el futuro.²⁸ Todas estas acciones son aspectos diversos del pensamiento en red. Otras regiones de la corteza prefrontal gobiernan las funciones cerebrales asociadas con el pensamiento por pasos. Dichas áreas permiten centrar la atención, codificar datos en orden serial, proyectar de forma secuencial, construir planes de acción jerárquicos y procesar datos linealmente, todos ellos aspectos del pensamiento paso a paso, o compartimentado.²⁹

Genes para el pensamiento en red

¿Cabe la posibilidad de que algunas regiones de la corteza prefrontal del cerebro varíen entre el hombre y la mujer, predisponiendo a más mujeres que hombres a asimilar porciones mayores de información, a pensar en forma de entramado de factores y ver el mundo de modo más

contextual? ¿Podría ser que otras áreas de la corteza prefrontal variaran también según el sexo, predisponiendo más a los hombres a concentrar su atención en un número menor de elementos de información, a compartimentar ésta y a pensar de modo secuencial? Hay datos nuevos sobre el cerebro que refrendan estas posibilidades. En 1997 el neurocientífico David Skuse, del Institute of Child Health (Instituto de Salud Infantil) de Londres, y sus colegas examinaron a niñas y mujeres con síndrome de Turner, una afección genética por la cual la niña o la mujer no tiene más que un cromosoma X en lugar de los dos normales. Recogieron datos también sobre hombres y mujeres normales. A partir de este estudio ingenioso y complejo concluyeron que un gen o grupo de genes del cromosoma X influye en la formación de la corteza prefrontal.